

Adolfo Prieto (San Juan, 1928 - Rosario, 2016)

 Nora Avaro

A los 87 años, en setiembre de 2015, con la publicación de su libro *Tiempos Signos Lugares*, el profesor, crítico e historiador de la literatura argentina Adolfo Prieto también se volvió poeta. No es que no lo haya sido antes, y aun décadas antes, desde que en la ciudad de San Juan, en el colegio salesiano en el que cursó el secundario, escribiera los discursos patrióticos escolares y, como él mismo lo recordó una vez, empezara a “probar” poemas inspirado en los de Amado Nervo. De esas tentativas juveniles quedó *Caballero en abril*, un pequeño libro, “un cuaderno” de factura doméstica —Anastasia, la hermana mayor de Adolfo, dibujó las letras de la tapa— en una tirada de dos ejemplares.

Desde entonces, desde el que puede considerarse hoy su primer libro, Prieto quiso ser poeta, y con ese designio, que casi enseguida se volvió secreto, se trasladó a Buenos Aires, inició sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras y, al cabo, su extenso magisterio en las universidades argentinas y extranjeras. Ser poeta hacia 1943 selló sus inicios vocacionales; ser profesor y crítico hacia 1950 definió su vida profesional.

En febrero de 1946, cuando Juan Perón ganó su primera elección presidencial, Prieto cruzó por primera vez la pampa argentina, desde la cordillera al Río de la Plata, y la vio tal como Sarmiento en el *Facundo*: una “inmensidad por todas partes”. “El 46 fue el año en que Perón ganó las elecciones —recordó Prieto, en enero de 2013—. Así que entré a la facultad con todo, y la experiencia para mí fue, previsiblemente, un shock.” *Con todo*: el provinciano en la metrópoli, el peronismo triunfante, el activismo “contrera” en la universidad, la vida en pensión. No iba a volver a San Juan más que para visitar a su familia y comprobar, en cada viaje, que la ciudad natal se había vuelto del todo inviable para sus ambiciones, que pronto no serían las del poeta en métricas regulares, sino las del intelectual comprometido.

Prieto se recibió de Profesor en Letras, en la Universidad de Buenos Aires en 1951 y empezó a colaborar en la revista *Centro* de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, donde la generación denunciacionista, a la que Prieto perteneció junto a David e Ismael Viñas, Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Juan José Sebrelí, Ramón Alcalde y León Rozitchner, entre otros, calentaba sus motores culturales y políticos que luego harían marchar la revista *Contorno* bien a la par de su mitología. Prieto les procuró a sus camaradas su primer libro, el suyo y, sustancialmente, el de todos ellos. El polémico

por décadas *Borges y la nueva generación* se publicó en 1954. Lo escribió en la pensión de Hipólito Yrigoyen al 1900, en las hojas membretadas del sindicato del cuero que le proporcionaba su compañero de pieza, Julio Borrego, el secretario del gremio. Borrego se interesó un día por la tarea de Adolfo y le preguntó quién era Borges y dónde vivía. “Cerca de la plaza San Martín”, contestó Adolfo, y Borrego, rápido en la réplica y en la anécdota imborrable, lo aconsejó: “Ah, oligarca. Dele con todo, profesor”. Y Prieto “le dio con todo”, aunque por muy distintas razones a las del peronista Borrego, unas que tenían al existencialismo sartreano como respaldo y compromiso moral. En esta línea y en 1957 Prieto publicó *Sociología del público argentino*, asunto que volvería a ocuparlo una y otra vez, y que lograría su variación definitiva y magistral en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, de 1988, un clásico del ensayo nacional.

El 1º de mayo de 1951, Prieto conoció a Reymunda Jarma en un pensionado de chicas universitarias, donde esa tarde, para mermar los fastos oficiales, se ofreció un té a los estudiantes. Fue ella quien tiempo después lo invitó a él a pasear en solitario. Desde entonces fueron “Adolfo y Negra” y ya no se separaron aunque, por circunstancias políticas y laborales entonces venideras e inimaginables, vivieron a la distancia varias temporadas. Se casaron en 1957 en una ceremonia civil de una modestia inverosímil para la época. Y de inmediato se mudaron a Córdoba, primer destino de una peregrinación docente larga, de casi la vida entera, donde Prieto dictó, por primera vez, clases en la universidad y midió en las aulas, también por primera vez, su gran proyecto crítico: escribir una historia social de la literatura argentina, que ya había empezado a articular en núcleos y procesos de máxima destilación textual, y que se afirmarían en sus artículos y libros posteriores.

Así, en *La literatura autobiográfica argentina*, de 1962, Prieto leyó diarios y memorias de la elite dirigente como testimonios y alegatos de época, pero también como ejercicios de comprensión concreta de la vida en sus pormenores diferenciales. En *Literatura y subdesarrollo*, de 1968, pensó, desde las lindes del capitalismo mundial, las posibilidades culturales de una nación, bien al margen de los tics reduccionistas del nacionalismo, y sin ignorar el “satelismo cultural” característico de un país dependiente. En el *Diccionario básico de literatura argentina*, de 1968, apostó, una vez más, a ampliar el público lector, procuró información sobre autores y obras, pero, también, afinó su prosa en la biografía sintética, en la valoración alerta y en el hallazgo retórico. En los *Estudios de literatura argentina*, de 1969, reunió artículos derivados de sus clases, en las que ordenó datos, trazó perspectivas y formuló hipótesis, algunas de las cuales se transformaron, con el tiempo, en motivos clásicos de la crítica nacional; *clásicos*: que vuelven una y otra vez, en cada postulación novedosa, como si hubieran sido enunciados, no por un estudioso, sino por la literatura y la historia misma. En *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, de 1988, delimitó un período: 1880-1910; un eje histórico-cultural: la fragua de un público formado y afianzado en las políticas de instrucción pública; un tema: el criollismo; y una “red textual”: *Martín Fierro*, *Juan Moreira*, los diversos *Santos Vega* y sus “proyecciones”, sobre un fondo inflacionario de folletos voluntariosamente epigonales; y llevó su régimen literario y sus propósitos historiográficos —“el sistema vivo de relaciones” que es para Prieto la historia literaria— a una de sus cimas críticas.

Después de una breve temporada en la universidad de Mendoza, Prieto llegó a Rosario en 1959, donde instaló su casa y nacieron sus hijos, Agustina y Martín. Se afincó allí. De allí partió y allí regresó a lo largo de toda su vida, cuando las condiciones económicas y políticas lo obligaron a trabajar en universidades extranjeras: Montevideo, en 1967; Besançon, Francia, en 1970; La Jolla, California, de 1977 a 1981; Gainesville, Florida, de 1981 a 1996.

En la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, de la que fue decano, y en el Instituto de Letras de esa facultad, del que fue director, hasta el golpe de Onganía en 1966, Prieto desplegó un programa académico colosal y de múltiples aristas, que cambió radicalmente los modos de enseñar, leer e investigar, e inició una tradición crítica local. Al tiempo que dictaba clases de literatura argentina y seminarios de perfeccionamiento, Prieto gestionó y editó el *Boletín de Literaturas Hispánicas*, una publicación que fomentaba la escritura en los alumnos avanzados y graduados.

Quizá no haya sido resaltado aún en justa medida el perfil editorial de Prieto. Desde sus primeras experiencias como lector de originales en la revista *Centro*, hasta la “revisión técnica” (que, en muchos casos significó, lisa y llanamente la reescritura) de los cincuenta y nueve fascículos de *Capítulo. La historia de la literatura argentina* para CEAL, en 1968, y en el mismo año, el diseño para la Biblioteca Vigil de Rosario de la serie Conocimiento de la Argentina (veinticuatro volúmenes literarios, históricos y culturales) frustrada con el golpe de 1976, Prieto encontró cómo *activar* y socializar sus asuntos teóricos tempranos: la formación de un público para la literatura argentina, la firme creencia de que sin lectores nacionales no hay literatura nacional.

En 1996 publicó *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. En Gainesville, más aliviado de las cargas académicas y a partir de la lectura azarosa del diario de Darwin en su travesía por el Atlántico Sur, Prieto volvió su atención hacia las crónicas inglesas y a las trazas que esas crónicas dejaron en los románticos argentinos: Alberdi, Echeverría, Mármol, Sarmiento. Humboldt funcionó, para Prieto y para sus viajeros, como el código del relato trashumante, una pauta que combinaba los provechos del itinerario con el sentimiento sublime del paisaje. La unión de lo útil con lo bello. Casi una premisa en la vida de Prieto, quien no dudó en volverse un errante de la docencia, cuando los tiempos malos, que fueron muchos, obstruyeron su carrera profesional. Él siempre se trasladó adonde había trabajo, pero a uno que le diera lugar a su vocación docente y crítica. Y fue un gran maestro en todo lugar, pero en Rosario, en la era gloriosa de la universidad argentina, lo fue aun para el porvenir.

Su libro sobre los viajeros ingleses puede leerse hoy en clave autobiográfica y aún más después de *Tiempos Signos Lugares*, donde el profesor argentino y emigrado, el crítico cultural, el historiador de la literatura y el peregrino a su pesar proyectan sus figuras en los poemas; y estos dan testimonio, en el lugar y fecha que los remata, de que también el poeta estuvo ahí, en tránsito y entonces: en Rosario, en 1975; en San Diego, en 1980; en San Juan en 1982.

Junto a los poemas de *Tiempos Signos Lugares*, también se publicó en setiembre de 2015 *Conocimiento de la Argentina. Estudios literarios reunidos*. El volumen incluye escritos de toda la trayectoria de Prieto, desde 1952 a 2005, y juntos presentan una gran recapitulación de sus ideas y motivos, de su voluntad crítica, y de uno de los estilos argumentativos más personales del siglo XX.

Adolfo Prieto murió el 3 de junio de 2016, en su casa de la calle Dorrego. En 2001, fechó en Rosario el último poema de su libro de poemas, “Café-Bar ‘Anajuana’”:

Encontrar, apoyada en un muro,
designio del azar o de la incuria,
la rueda de un antiguo carruaje.

Presumir el rumbo, la escala
y el móvil de vastas travesías.

Decidir que ese círculo, abusado y maltrecho, contiene la
extensión de la llanura infinita,
y la llanura
el tiempo en que azorados viajeros
se internaban por un océano de hierbas,
distráidos del tedio
por el paso furtivo de gamos y flamencos,
pero no del miedo, agazapado
en la última línea del horizonte.

Recordar que en el borde de esa inmensa planicie,
en este mismo borde,
prosperó la villa del Rosario,
cabezal que fue del tráfico de mensajerías.